



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE216728

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Desafíos y esperanzas en el Sínodo un año después

Hay una señal que viene del Sínodo. En el *Instrumentum Laboris*, observa la teóloga **Serena Noceti**, la frase “hombres y mujeres” vuelve y aparece 22 veces, “utilizada para definir la identidad de los discípulos de Cristo, destinatarios del anuncio evangélico y misioneros, así como aquellos que son comprometidos en la vida pastoral”. No es solo una novedad simbólica para la teóloga. Sugiere un reconocimiento explícito de la corresponsabilidad de hombres y mujeres dentro de la Iglesia.

En el mes en que se celebra la segunda sesión del Sínodo sobre la sinodalidad, *Donne, Chiesa, Mondo* vuelve a abordar la cuestión femenina en la Iglesia que ha ido surgiendo progresivamente en las asambleas sinodales, implicando a teólogas, sociólogas, religiosas, liturgistas, historiadoras, líderes de organizaciones y fieles católicas. Voces diferentes, no homogéneas en un debate que parte del ayer y mira al mañana.

Hace sesenta años ocurrió un hecho histórico: el 25 de septiembre de 1964 veintitrés mujeres entraron por primera vez como auditoras en un Concilio. Quizás no fue casualidad que la primera en entrar en la sala fuera una laica, la francesa **Marie-Louise Monnet**. Entraron siguiendo el aleteo de una mariposa, un cambio generado en aquel acontecimiento universal por la famosa pregunta del cardenal belga **Léon-Joseph Suenens** a los otros 2.500 obispos del Vaticano II el 22 de octubre de 1963: “¿Dónde está la otra mitad del género humano?”. Hoy no se trata de tener espacio, ni poder alguno. En el Sínodo, en diversos cargos, hay casi un centenar de mujeres y muchas, por primera vez, tienen derecho a voto.

Más bien es necesario pensar de otro modo, escribe **Chiara Giaccardi**, socióloga y miembro del comité de dirección de *Donne, Chiesa, Mondo*. Porque el debate sobre la cuestión femenina “parece prisionero de un error epistemológico que se refleja en una reflexión contemporánea más amplia sobre la cuestión de género: lo masculino y lo femenino como elementos separados y contrapuestos. Un esquema “binario” que solo conduce a la polarización, las reivindicaciones y los conflictos, dentro y fuera de la Iglesia”.

Incluso el ideal de “la complementariedad”, afirma Giaccardi, es una trampa. La palabra clave es la reciprocidad: entender que la cuestión no se resuelve simplemente con una división igualitaria de espacios o poderes, sino con una interacción dinámica y transformadora, donde hombres y mujeres se implican y se enriquecen mutuamente. Cambiando la Iglesia, juntos.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Reciprocidad es la palabra clave

La cuestión de género se presenta como error y una trampa

CHIARA GIACCARDI

El debate sobre el papel de la mujer en la Iglesia es víctima del mismo error epistemológico que marca la reflexión contemporánea sobre la cuestión de género: lo masculino y lo femenino como elementos separados y opuestos. Un esquema “binario” que solo conduce a la polarización, las reivindicaciones y los conflictos, dentro y fuera de la Iglesia. Esta visión dualista tiene dos matrices: una esencialista y una metafísica, que luego fue reactivamente cuestionada por una moderna, tecnicista y digital, que también resulta problemática. Solo reconociendo los límites de ambas perspectivas será posible abordar la cuestión humanamente, en la sociedad y en la Iglesia, porque todo está conectado. Según la primera matriz, hombre y mujer tendrían “por naturaleza” características opuestas, traducibles en dicotomías como razón/emoción, privado/público, cuidado/trabajo. La mujer estaría hecha para el hogar y los cuidados, mientras que el hombre para el trabajo y la vida pública. Esta narrativa ha justificado históricamente el paternalismo, la opresión y la explotación. En el mejor de los casos, ha producido el ideal de “complementariedad”: las mujeres deben ser valoradas por la contribución que pueden hacer. No pasa nada, se podría decir. En realidad, se trata de una trampa que reitera una división de roles, de funciones, donde cada uno hace “lo suyo”, como mucho sin siquiera entrar en contacto con el otro. Y “lo suyo” de una mujer es siempre subordinado y residual.

El segundo enfoque está influido por el pensamiento técnico y maquinista (las máquinas se definen por su función, las mujeres también) calculado y modelado sobre el esquema binario de los dispositivos (encendido/apagado) o sobre el código binario del lenguaje digital (0/1). El esquema es uno u otro, sin grados intermedios. Y de ahí la reacción hacia lo “no binario”. Esta versión hipertecnológica de las diferencias de género es el recha-

zo de aquella clásica y está afectada por una racionalidad cada vez más abstracta, instrumental y computacional.

Muchos autores, desde **Paul Valéry** hasta **Bernard Stiegler**, han hablado de “miseria simbólica” en relación con este empobrecimiento. La reacción a un enfoque reduccionista presenta los mismos límites, porque no sale del mismo marco: simplemente lo asume para derribarlo. Y la negación de un error no es necesariamente una verdad. No serán “las identidades no binarias”, donde se asume implícitamente el mismo lenguaje abstracto y oposicionista, las que nos liberarán de la jaula del binarismo. También porque la contrapropuesta es “la fluidez”, lo indiferenciado, en nombre de la libertad ilimitada: para ser todo no soy nada. Para no ser esclavo de la biología, la borro. Estamos entre dos extremos: o solo cuenta la biología, y ya está todo escrito; o la biología no cuenta para nada y todo debe escribirse como uno quiera. Los conservadores, por un lado, y los progresistas por el otro. Lucha estéril.

Igualdad o competencia

Incluso las otras categorías evocadas por el debate, como igualdad, rebelión o competencia, tienden a caer en una supuesta equivalencia indiferente a las diferencias o en una reacción que solo quiere invertir los términos de la cuestión. En la Iglesia de hoy no se trata de reclamar más espacio dentro de una organización basada en una antropología esencialista y dualista, sino de cuestionar este enfoque. Se necesita un pensamiento diferente. La palabra clave es reciprocidad, o implicación mutua y capacidad de transformarse mutuamente, en lugar de oponerse, competir o reivindicar. En el proceso de convertirse en uno mismo, el otro es fundamental, no como amenaza o antagonista, sino como interlocutor, co-constructor. Toda identificación es siempre una co-individuación: convertirse en uno mismo con los demás, dando forma a una relación, al entorno, a la co-



munidad. Nunca sin el otro, diría **Michel de Certeau**. Para la cultura contemporánea “no binaria”, las diferencias son el resultado de la autoafirmación, según los dictados del hiperindividualismo. En una visión antropológica generativa, las diferencias arraigan y florecen en las relaciones.

Para los cristianos, la imagen más bella de esta relacionalidad constitutiva de las diferencias proviene de la sabiduría de las Escrituras, capaz de inspirar una antropología liberadora para repensar la relación entre hombre y mujer, incluido el papel de la mujer en la Iglesia. En el Génesis, Dios crea al ser humano a su imagen, masculino y femenino. **Adán**, “hecho de tierra”, se percibe hombre solo al ver a **Ishà**, la mujer. Siempre es en la relación con los demás donde comprendemos quiénes somos, donde captamos nuestra unicidad. Lo indiferenciado es lo primero, y la plenitud de la realización humana es una diferen-



ciación en relación. Una diferenciación en la reciprocidad y no en la oposición, en un dinamismo transformador abierto a los mil matices de la unicidad y no en la estática de las identidades estándar definidas “por naturaleza”, o en el rechazo de toda identidad.

La dualidad es un proceso dinámico, donde el ser y el devenir están juntos; no es una comparación/choque entre identidades fijas y predefinidas, cada una con su rol. Incluso la reflexión sobre las mujeres dentro de la Iglesia está enferma de dualismo. Por un lado, las ideas esencialistas sobre qué es la mujer y cuáles son sus características (receptividad, cuidados, genio femenino) y sus tareas –auxiliares, de servicio– como mucho con alguna “cuota rosa”. No es que no haya aspectos que cualifiquen lo femenino, pero están siempre en tensión con los demás y nunca son exclusivos: las dimensiones del cuida-

do, de la escucha, de la construcción de proximidad son igualmente masculinas y femeninas, aunque se expresen de manera diferente, según la unicidad de cada uno.

La concepción esencialista, que relega a la mujer “por naturaleza” a una posición de marginalidad respecto de los procesos de la Iglesia, es un retroceso respecto de lo que nos ofrecen las Escrituras, donde el tema de la feminidad se entrelaza con la historia de la salvación de manera inseparable, además de rica y articulada.

Porque a través de una mujer se produce el milagro y el misterio de la Encarnación y, a partir de la iniciativa de esta mujer, comienza la ruptura de muchas convenciones sociales. A las mujeres se entrega el cuerpo de Jesús muerto y el anuncio de la resurrección. Y son las mujeres que siguen a Jesús, junto con los apóstoles, quienes aportan su contribución a la transformación del modo de seguir a Jesús.

La Iglesia, institución divina y humana, ha tomado decisiones ligadas a un tiempo cultural e histórico distinto que hoy puede y debe ser cuestionado, sin tocar dogmas ni generar cismas. De las Escrituras no se desprende que la formación de los sacerdotes deba limitarse a espacios separados del mundo y cerrados a los que las mujeres solo tienen acceso en puestos subordinados. ¡El Papa **Francisco** dijo que el pastor debe oler a oveja! Solo los entornos de hombres, separados del mundo, pueden convertirse en teatros de distorsiones y perversiones, como tristemente nos enseña la historia. No aprender de los errores sería un grave pecado de omisión.

A partir de una profunda regeneración de la relación hombre-mujer en la Iglesia, inspirada en la riqueza de las Escrituras, podemos pensar en nuevas formas de presencia femenina que no se reduzcan a la recuperación de espacios dentro de un mapa que mantenga las mismas coordenadas. El desafío, no solo para la Iglesia, sino para una cultura que confunde la hegemonía tecnoeconómica con la libertad individual, es cómo dar carne y forma a la verdad antropológica de la reciprocidad.

Los procesos culturales no se modifican cortando cabezas o dinamitando las relaciones de poder, sino ejerciendo la forma más elevada de libertad. Que no es elegir entre lo que ya está, sino hacer existir lo

que aún no está. Yo lo llamo libertad generativa. Y nunca se genera por sí misma. Necesitamos un cambio de mirada que oriente los procesos y propicie transformaciones. No es pasando de “un exceso semántico” (todo está ya dicho y escrito) a un defecto semántico (todo podemos reescribirlo como queramos) como nos liberaremos y crearemos las condiciones para un mundo habitable.

Incluso la Iglesia, como la cultura contemporánea, ha traicionado muchas veces una verdad fundamental que la ciencia en las últimas décadas también ha reiterado con fuerza: todo está relacionado, todo está conectado con todo. Separar, abstraer, es un forzar que va en contra de la ley de la vida (y de la revelación). Incluyendo separar, por no hablar de contrastar, hombre y mujer, masculino y femenino. Repensar esta relación, según una antropología relacional, puede contribuir no solo a la regeneración de una Iglesia en dificultad, sino también de una sociedad donde el malestar (también entre los más jóvenes) es un hecho creciente y preocupante.

No son roles

El replanteamiento en el seno de la Iglesia no puede ser una cuestión de roles. El desafío es el de una nueva reciprocidad en todas las fases de la vida de la Iglesia, desde la formación de los sacerdotes hasta el acompañamiento mutuo entre los sacerdotes y las familias. Es necesario reconquistar una dimensión que con demasiada frecuencia se olvida: la del significado.

La prevalencia de la función sobre el significado surge, por ejemplo, del hecho de que los sacerdotes están cargados de burocracia y no tienen tiempo para la proximidad, o del hecho de que las iglesias modernas son feas, porque un lugar no es suficiente para celebrar la misa (función); este lugar debe comunicar belleza, unidad, apertura a la trascendencia (sentido). No basta con celebrar misa (función); una celebración descuidada contradice lo que se quisiera hacer presente (sentido).

Debemos abandonar la ilusión de que las prácticas y los procedimientos garantizan la transmisión de la fe y recuperar la dimensión simbólica. En la Revelación todo es un símbolo. En un mundo “diabólico” (divido), donde incluso el contraste masculino/femenino responde a esta lógica de fragmentación, se necesita más símbolo. La Trinidad misma es un símbolo de relacionalidad constitutiva, matriz de la vida; de una unidad en la diferencia que es condición de comunión; de una

→ reciprocidad en paternidad/filiación que es la condición de todo dinamismo vital.

Recomponer sin borrar las diferencias, sino potenciarlas. Lo masculino y lo femenino no son opuestos, sino dos caras del símbolo humano. La identidad de género no es una elección individual, sino una dimensión relacional que florece gracias a las relaciones con quienes nos precedieron y con quienes nos ayudan a comprender quiénes somos. El individualismo radical, que ve el género solo como una elección individual, es violento y destructivo, incluso en la Iglesia.

La cultura cristiana no debe volver a un esencialismo cuestionable, sino reconocer el valor simbólico de lo masculino y lo femenino: una unidad hecha de diferencias entre sí. “La miseria simbólica” de nuestro tiempo afecta también a la Iglesia. No debemos partir de la exigencia de roles para las mujeres, sino de una revolución copernicana: el ser humano, hombre y mujer, en el centro del mundo (¡para cultivarlo y protegerlo, no para explotarlo!). Sin esta conciencia solo habrá enfrentamientos y cismas.

Transformación

Un auténtico proceso de transformación puede partir de una antropología renovada, basada en la verdad que nos presenta el Evangelio: una pluralidad en la que las mujeres tienen siempre un papel sin necesidad de que se les asigne automáticamente porque lo asumen, siendo capaces de iniciativa con autoridad, atención, expectativa, esperanza, confianza y previsión.

En un mundo donde la única fuente de liberación parece ser el delirio transhumanista, donde los cuerpos son lo que se puede hacer con ellos y donde, como individuos separados de todos los demás, en última instancia seguimos siendo víctimas de un sistema tecnoeconómico que nos utiliza como conejillos de indias para su propio desarrollo, (como utiliza nuestros datos y nuestros intercambios sociales para alimentar una Inteligencia Artificial cada vez más capaz de controlarnos y manipularnos), la tradición cristiana tiene un mensaje de libertad que pasa por una relación renovada entre hombre y mujer, dentro de una tradición regenerada. Si queremos ser libres, volvamos al encuentro beneficioso de la relación y demos una forma consecuente a nuestro ser en el mundo. Creo que solo así no destruiremos la Tierra. Solo así la Iglesia, no solo no se destruirá a sí misma, sino que podrá seguir curando las heridas del mundo.



Cómo no decepcionar

Muchas mujeres tienen grandes expectativas sobre la segunda sesión del Sínodo. En ella se tienen que recoger los múltiples frutos de los discernimientos en las diferentes fases del proceso sinodal y en base a ellos, formular las recomendaciones para el Papa **Francisco**. Este es un Sínodo significativo para las mujeres ya que por primera vez 85 participan en un Sínodo, de ellas 54 con voz y voto. A continuación, veamos los aportes en las diferentes fases en las que nos dan a conocer lo que ellas anhelan, aprecian y gozan, pero también lo que les duele y cuáles son sus sueños para la Iglesia.

En muchos aportes de las Iglesias locales en todas las partes del mundo se valora que las mujeres son las más comprometidas en el proceso sinodal. En el transcurso de este camino se percibió la necesidad de una conversión sinodal. Ésta implica la generación de una nueva cultura eclesial, “con nuevas prácticas, estructuras y hábitos” como lo señala el Documento para la Etapa Continental. La conversión implica fortalecer la conciencia de que en Cristo todos somos hermanos y hermanas y por ello llamados a fomentar relaciones de interdependencia y reciprocidad entre mujeres y hombres, que ayudan a ambos a crecer humanamente y en la fe. Es notable que en los diferentes espacios de escucha y consulta a lo largo del proceso sinodal, numerosas mujeres han apreciado las prácticas sinodales ya existentes en parroquias, diócesis y otras realidades eclesiales. A

la vez, han hablado con mucha libertad y franqueza “de una Iglesia que hiere”, como lo indica el Informe de Síntesis. En muchos aportes a las consultas sinodales se señala que, sobre todo, el clericalismo y el machismo afectan y causan dolor porque excluyen a las mujeres de los procesos de discernimiento y toma de decisiones y de la participación en instancias de gobierno en la Iglesia que no tienen el requisito de haber recibido el sacramento del orden y por ello en teoría están abiertos a mujeres.

Conversión sinodal

El Papa Francisco ha dado ejemplo de la inclusión de mujeres en estas instancias de gobierno y liderazgo en la Iglesia con la esperanza de que, en el proceso de conversión sinodal, este signo sea acogido en muchas Iglesias locales y allí inspire prácticas similares. Como lo muestran muchos aportes al proceso sinodal, el clericalismo y el machismo que se caracterizan por un uso inadecuado de la autoridad, afectan el respeto mutuo y causan daño a la comunión. En el proceso sinodal se percibió que la requerida conversión es responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios, ya que el clericalismo y machismo se encuentran no solo en presbíteros sino a menudo también en laicos, laicas, religiosas y hermanos religiosos.

En la primera sesión del Sínodo en octubre de 2023, gracias a varias intervenciones, se reconoció que “cuando en la Iglesia se dañan la dignidad y la justicia en las relaciones entre hombres y mujeres resulta



a las mujeres

BIRGIT WEILER

Una mentalidad y práctica sinodal se erige como desafío real

debilitada la credibilidad del anuncio que dirigimos al mundo”; esta observación que se encuentra en el Informe de Síntesis, hace ver la vital importancia que tiene el cuidado de las relaciones entre hombres y mujeres en la Iglesia.

Gracias al soplo del Espíritu, protagonista del proceso sinodal en sus diversas fases, en la Iglesia hemos tomado conciencia de que “en Cristo, mujeres y hombres están revestidos de la misma dignidad bautismal y reciben en igual medida la variedad de dones del Espíritu Santo (cfr. Gal 3,27-28)”, como se dice en el Informe de Síntesis. En una Iglesia sinodal, “hombres y mujeres están llamados a una comunión caracterizada por una corresponsabilidad no competitiva, para encarnarla en todo nivel de la Iglesia” (Informe de Síntesis).

Muchas mujeres tienen la firme esperanza para la segunda sesión del Sínodo de que los aportes en relación con una mayor corresponsabilidad de mujeres y hombres en la Iglesia, basada en el reconocimiento y aprecio de los diversos carismas y ministerios, no quede solo en palabras. Recordando que, en **Jesús**, la Palabra se hizo carne, quiere decir, realidad concreta, visible y palpable, es relevante que se formulen recomendaciones concretas que fomenten la puesta en práctica de los diversos elementos necesarios para una mayor integración y corresponsabilidad de las mujeres en la Iglesia. El Documento de Trabajo para la segunda sesión del Sínodo

presenta varios elementos claves en este sentido; aquí se pueden señalar solo algunos: Para lograr una mayor participación de las mujeres en los procesos de elaboración y toma de decisiones en parroquias, diócesis y otras realidades eclesiales, precisa promover una participación más amplia de mujeres. Eso implica que las mujeres que ya están activas en los Consejos y las comisiones correspondientes, animen a otras mujeres capacitadas a colaborar en estas instancias eclesiales. Requiere de la voluntad de las respectivas autoridades eclesiales (párrocos, obispos etc.) a abrir espacios para una mayor participación de mujeres en los diversos ámbitos y a generar activamente las condiciones necesarias. Vale de modo especial para el acceso de mujeres a cargos de responsabilidad en las diócesis e instituciones eclesiales; éste debe ser promovido para que más mujeres que cuentan con las calificaciones requeridas, tengan la oportunidad de acceder a estos cargos en condiciones de igualdad en relación con los hombres y en función de las disposiciones existentes.

Un cambio hacia una mentalidad y práctica sinodal demanda que teólogas y acompañantes espirituales sean incluidas en la enseñanza teológica y formación integral que reciben los seminaristas. Solo en una labor formativa en conjunto se podrá superar el clericalismo y machismo y formar futuros presbíteros sinodales. Eso implica también que se ofrezca a más mujeres el

apoyo requerido incluyendo becas, para poder estudiar teología y se facilite que más teólogas sean parte del equipo de docentes en las facultades de teología y en otros espacios de formación en la fe; así más mujeres podrán compartir sus dones en la enseñanza y el quehacer teológico.

Para asumir y responder a estos y otros desafíos se necesita un cambio de mentalidad, actitud y modo de relación. Se precisa también un cambio de estructuras, procedimientos y medios adecuados para fomentar entre mujeres y hombres una cultura sinodal en nuestra Iglesia. Para lograr en la práctica una participación más plena de las mujeres en los diversos ámbitos de la Iglesia, es imprescindible que se revise el derecho canónico vigente y se haga los cambios y adaptaciones requeridos para promover y fortalecer la sinodalidad como una práctica vinculante.

En algunas partes se ha pedido que las mujeres tengan acceso al diaconado como ministerio ordenado. Esta cuestión está en debate. Es la voluntad explícita del Papa que el tema, así como algunas otras “cuestiones teológicas y canónicas en torno a formas ministeriales específicas” sean tratados en uno de los diez Grupos de Estudio instituidos por el Papa. Muchas mujeres albergan la esperanza de que los estudios sobre los temas vinculados con su participación en la Iglesia se realicen en un espíritu de escucha activa, discerniente y sinodal y “en conexión con la más amplia reflexión sobre la teología del diaconado” (Informe de Síntesis). Se consideró que todos los Grupos de Estudio presenten un primer avance en la segunda sesión del Sínodo; no está previsto tener en el aula sinodal un debate amplio de los temas reservados para los Grupos incluyendo las cuestiones relacionadas con las mujeres.

Esperanzas

Con miras a la segunda sesión del Sínodo, muchas mujeres albergan la esperanza de que sepamos caminar al ritmo del Espíritu, abiertos al desborde de su amor creativo que busca transformar nuestras mentes y corazones para que seamos cada vez más una Iglesia en el Espíritu de Jesús. La Iglesia se enriquecería mucho con los dones de las mujeres que el Espíritu les da por el bien de toda la Iglesia, el pueblo de Dios, y su misión en el mundo.

Con ojos de fe podemos percibir: Gracias a Dios, “algo nuevo está brotando” (Is 43,18) en nuestra Iglesia. Estamos llamados a notarlo, acogerlo y cultivarlo con amor y dedicación.

Al acercarse al *Instrumentum Laboris* que orienta los trabajos de la segunda Asamblea sinodal (octubre de 2024), el lector se sorprende por la frase “hombres y mujeres”. Hasta 22 veces define la identidad de los discípulos de Cristo, de los destinatarios del mensaje evangélico y de los misioneros, de los bautizados, de los santos, de los que se dedican a la vida pastoral. Es la señal clara de un reconocimiento de la subjetividad de género y de la contribución específica de ambos, que expresa la conciencia ahora madura de que el lenguaje que utilizamos, las palabras que utilizamos para hablarnos, configuran nuestra identidad y nuestras relaciones.

El documento refleja la superación de la tentación del neutro en el pensamiento de los seres humanos, los creyentes en Cristo, los pertenecientes al cuerpo eclesial, y el reconocimiento de un canon constitutivo, el de la pluralidad diferenciada, sin la cual la sinodalidad no puede alcanzar. Con la repetición de esta frase, se crea para mujeres y hombres un espacio de verdad antropológica y de libre corresponsabilidad eclesial, generador de nuevas “composiciones”. Para algunos, un espacio para escapar de la condición de “compañero eclesial invisible”; para otros, un camino y una perspectiva inédita para expresarse en su particular parcialidad, encontrando palabras para entender la masculinidad.

Reconocer para recomponer

La conciencia de la centralidad de la cuestión de género para la vida y la misión de la Iglesia surge también del posicionamiento de la reflexión en este segundo *Instrumentum laboris*: la encontramos en la primera parte, dedicada a los “Fundamentos” de la visión de la sinodalidad. Los dos primeros párrafos esbozan un modelo relacional de “reciprocidad dinámica”, de “relacionalidad, interdependencia, reciprocidad”, que nos lleva más allá de la lógica de “la complementariedad” de lo masculino y lo femenino, desde perspectivas esencialistas, sobre las cuales estaba anclada en las últimas décadas mucha reflexión eclesial para presentar “una naturaleza abstracta” específica de cada Hombre y Mujer, independientemente de las dinámicas culturales y de los desarrollos históricos, que son tan “esenciales” para la subjetividad humana. Los tres párrafos siguientes, dedicados a la contribución de las mujeres a una Iglesia sinodal y misionera, tienen sus raíces en



Una señal del Sínodo

El Instrumentum Laboris se abre a citar “hombres y mujeres” en 22 ocasiones

esta nueva visión de conjunto: reflexionar sobre el futuro de la Iglesia como comunión misionera implica dar espacio a la participación activa de cada *christifidelis*, reconociendo que, por el bautismo, hemos pasado a ser –todos nosotros– “parte” del cuerpo eclesial y estamos llamados –todos nosotros– a “participar” activamente en la vida del pueblo de Dios. El Sínodo sobre la sinodalidad se propone desarrollar una nueva “composición” eclesial, un conjunto de varias partes en relación recíproca.

Una composición musical

La visión esbozada en el segundo *Instrumentum Laboris* representa una importante etapa de maduración, por el modelo antropológico y eclesiológico que adopta sobre este tema (“Hermanos y hermanas en Cristo: una reciprocidad renovada”). No insiste tanto en los relatos del Génesis, sino en la aportación de las mujeres a la Iglesia, a partir de su condición de discípulas de Jesús y anunciadoras de la resurrección.

La aparición del tema de la mujer durante los trabajos del sínodo ha sido gradual. El Documento preparatorio no presentaba ninguna pregunta sobre las mujeres en la Iglesia. Hacía referencia a dos mujeres –la cananea y la samaritana– para recordar el deseo de Jesús de incluir a todos.

El tema de la participación de las mujeres sí apareció con fuerza en todos los Resúmenes enviados por las Conferencias Episcopales. Cuando las mujeres pueden hablar en primera persona, llaman a la Iglesia a reconocer su contribución irremplazable, pero también resaltan “el desequilibrio de género” que marca la vida pastoral. Las mujeres son “el socio menos pensado” del Vaticano II y son “el socio principal” a la hora de recibir los frutos del Concilio: con la riqueza de su palabra de anuncio del Evangelio y de su servicio ministerial y pastoral, han modelado el rostro de la Iglesia católica en todo el mundo. El documento para la etapa continental, “Ensancha el espacio de tu tienda” dedica



una profunda reflexión a por qué se ha menospreciado la contribución femenina a la misión de la Iglesia, a los motivos de la exclusión de las mujeres de los roles directivos y a los posibles factores de cambio en términos de mentalidad y de estructuras eclesiales. El documento permite comprender que la cuestión decisiva no es tanto la de la participación de las mujeres sino la del liderazgo femenino, en términos de posibilidad de guiar y animar los procesos colectivos y comunitarios de la Iglesia a diferentes niveles, como la asunción de roles de autoridad en y para el Nosotros eclesial institucionalizado.

Los resúmenes de las siete asambleas continentales nos hacen percibir la omnipresencia de la pregunta sobre el reconocimiento de la subjetividad de las mujeres en la Iglesia, pero también las diferencias que existen a nivel cultural y social entre las distintas iglesias locales del mundo en cuanto a la cuestión del liderazgo. En concreto, cabe señalar que el tema del

liderazgo en América Latina, América del Norte, Europa y Medio Oriente se expresa en una doble forma de solicitud de un liderazgo más amplio ejercido por las laicas y las religiosas y en la petición de ordenación ministerial de mujeres, al diaconado en muchos casos, más raramente en todos los grados del ministerio.

En África, el tema del liderazgo femenino está relacionado con la contribución pastoral y eclesial de las religiosas, pero sin una solicitud declarada de ordenación ministerial. La Carta Magna de las relaciones eclesiales sigue siendo calificativa para todos: “No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos según la promesa” (Gal 3,28-30). La recomposición de las relaciones eclesiales debe desarrollarse a partir de este “tema base” fundacional.

Componer juntos

La redacción del *Instrumentum Laboris* para la Asamblea de octubre de 2023 correlaciona el reconocimiento de la contribución de las mujeres y su participación en la vida de la Iglesia, también “en funciones de autoridad y de gobierno”, con el tema de la igual dignidad de las mujeres y de la su aportación específica. El Documento de síntesis publicado al final de la Asamblea denuncia el clericalismo; el machismo; “la discriminación laboral y las remuneraciones injustas”; hace un llamamiento a “la corresponsabilidad no competitiva”; y afirma que “es urgente garantizar que las mujeres puedan participar en los procesos de toma de decisiones y asumir roles de responsabilidad en la pastoral y en el ministerio” citando el ejemplo dado por el Papa **Francisco**, que trabajó para un aumento significativo de mujeres “en puestos de responsabilidad en la Curia Romana”. En estos documentos queda claro que no se trata solo de reconocer el hecho de que las mujeres son “discípulas comprometidas y corresponsables en la misión eclesial”. Se deben abrir espacios de acción para las mujeres en los contextos en los que se toman las decisiones para la vida y la actividad pastoral y definir “cambios estructurales” que den a las mujeres la posibilidad efectiva de asumir roles de autoridad en las iglesias locales, a nivel eclesial nacional y universal.

Las transformaciones culturales, legislativas, políticas y económicas que han acompañado la maduración y el empoderamiento de las mujeres y han modificado

los modelos de relaciones hombre-mujer en las sociedades occidentales, han influido positivamente en la condición de las católicas y en las prácticas eclesiales, pero la resistencia y bloqueos son innumerables.

Persiste un grueso techo de cristal que bloquea el acceso de las mujeres a los contextos en los que se deciden las estrategias de acción pastoral y las prioridades de formación, incluso en aquellos contextos en los que las mujeres son la mayoría de los agentes pastorales y donde el papel no requiere la presencia de un ministro ordenado. Siguen existiendo lecturas estereotipadas de lo femenino y lo masculino. Existen prácticas pastorales consolidadas e indiscutibles que relegan a las mujeres al papel de colaboradoras efectivas, pero las excluyen de los roles de autoridad, con excepción de algunas colaboradoras en la jerarquía sin que ello provoque un cambio en la cultura y las estructuras eclesiales. Estas experiencias muestran que el cambio es posible, pero el riesgo es que la referencia a estas mujeres “presentes en los niveles más altos” pueda retrasar las reformas generales y estructurales desde una perspectiva de género, porque el foco se desplaza hacia las posibilidades dadas a los individuos en lugar de operar sobre la transformación de la cultura eclesial clerical, y tantas veces patriarcal.

En cualquier caso, debemos reconocer que el tema del liderazgo en la Iglesia también está vinculado al ministerio ordenado. El tema de la ordenación diaconal de las mujeres no es objeto de discusión en la asamblea de octubre. Ha sido confiado a un grupo de estudio coordinado por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe. Incluso en torno a esta investigación, el tema de la mujer es revelador y central: la forma en que se aborda demuestra cuál es el modelo eclesiológico y ministerial al que se refiere, cuál es el modo de pensar la relación entre Evangelio, Tradición, cultura e historia, cuánto y cómo la lectura de los signos de los tiempos es relevante para pensar la vida y la misión de la iglesia hoy.

La participación de las mujeres en el liderazgo eclesial (también en formas ministeriales) es una cuestión central para el deseado proceso de reforma sinodal-misionera. Quien, en un proceso global vital, no reconoce a uno de los interlocutores debilita, frena y dificulta cualquier dinámica transformadora; quita a “la composición musical” la fuerza de una voz insustituible y sustrae a la evolución del cuerpo eclesial esa creatividad que solo surge del encuentro entre mundos distintos.



Mis tres Papas y un Indiana Jones

VALENTINA ALAZRAKI

La decana de los vaticanistas esboza al sacerdote ideal

He tenido el privilegio, gracias a mi trabajo como corresponsal de televisión en el Vaticano, de seguir paso a paso a tres grandes papas: **Juan Pablo II**, **Benedicto XVI** y el Papa **Francisco**.

Los he acompañado por todo el mundo y he sido testigo de acontecimientos históricos para la Iglesia y para el mundo. Pero la experiencia humana más intensa y profunda fue la de descubrir al sacerdote que había en cada uno de ellos y comprender que tal vez el que a mí me gustaría tendría que ser capaz de encarnar sus tres modos diferentes de vivir el sacerdocio.

Mi sacerdote "ideal" me gustaría que tuviera, ante todo, el misticismo que **Karol Wojtyła** demostró desde los primeros años de su vocación vivida en momentos difíciles y hostiles. Me gustaría que, como él, estuviera profundamente enamorado de Dios y de los hombres y que tuviera su profunda y hermosa devoción por **María** y su confianza total en una Providencia capaz de cambiar el curso de la historia.

✓ Me gustaría que supiera sumergirse en la oración como lo hacía él. Verlo rezar, especialmente en su capilla, en momentos privados, fue una experiencia espiritual que ninguna de las personas que tuvo este privilegio ha podido olvidar. Fui testigo de estos momentos varias veces y su misticismo era tangible. Nunca he visto a nadie rezar como él. Daba la impresión de que estaba completamente ajeno a este mundo y que mantenía un diálogo directo con Dios.

✓ Me gustaría un sacerdote con esta capacidad de hablar con Dios, de encontrar en la oración la fuerza de su testimonio y someterse totalmente a su voluntad. Me gustaría un sacerdote que supiera llevar sobre sus hombros la Cruz de Cristo y las cruces del mundo, que supiera entregarse hasta el final de sus días y que fuera capaz de transmitir siempre esperanza y fortaleza, incluso en los momentos más duros. Me gustaría un sacerdote con una fe como una roca, capaz de acercar a Dios a los hombres y los hombres a Dios. Que nos hiciera comprender que la vida es una sucesión

Vive su vocación en cualquier tradición

ILARIA BUONRIPOSI

Nací en una familia agnóstica en Italia, un país culturalmente católico. La imagen que me han transmitido del clero y de la Iglesia no era precisamente la mejor y admito que durante muchos años no me molesté en crear una opinión propia. Después, en medio de una crisis de identidad y sentido, visité con algunos amigos al padre Enea, un misionero que había regresado recientemente a Italia. Me impactó mucho su informalidad a la hora de interactuar y el hecho de que su historia revelara una vida sencilla compartida con los menos afortunados, caracterizada por el trabajo manual y mucha escucha. La Iglesia de la que hablaba el padre Enea es misericordiosa, atenta, donde cada persona es amada y acogida tal como es, por el mero hecho de haber sido creada a imagen y semejanza de Dios.

Tengo suerte porque, a lo largo de los años, he conocido a otros sacerdotes como el padre Enea y no solo de la tradición católica: mujeres y hombres sacerdotes, célibes o casados, que viven su vocación con compromiso y dedicación, que con creatividad llevan el mensaje del Evangelio a donde no es frecuente escucharlo y reflejan en su vida diaria el amor infinito que Dios tiene por cada uno de nosotros.

Un oyente que trata con respeto SHALINI MULACKAL

En los informes presentados por las diócesis y conferencias episcopales durante el proceso sinodal, el clericalismo ha surgido como una de las cuestiones clave que afectan negativamente la vida de la Iglesia. El sacerdote representa a **Jesús** en la asamblea litúrgica y en cada momento de su vida. Está ordenado para ser otro Cristo. Por eso, necesita pasar tiempo de calidad con Dios todos los días y contar con un acompañante espiritual que le ayude a guiar su vida. La figura de sacerdote que me gustaría sería la de un oyente atento. Como buen pastor, conocería a todas las familias de su parroquia y cuidaría de aquellos que están perdidos, destrozados y pasando por dificultades. Se interesaría mucho por el camino espiritual de aquellos a su cuidado. Sería creativo para llegar a varios grupos de edad con sus necesidades específicas de crecimiento espiritual. Trataría a todos con respeto. Me complace por haber conocido a varios sacerdotes que viven una vida de dedicación y servicio y son compasivos, respetuosos y sensibles, siempre dispuestos a sacrificar sus vidas por los demás.



EL SACERDOTE QUE ME GUSTARÍA

VITTORIA PRISCIANDARO y FEDERICA RE DAVID

¿Qué es un verdadero sacerdote? Hay un texto evocador que circula desde hace varios años atribuido a **Madeleine Delbrèl**. Donde leemos que “el mayor regalo que podemos hacer, la mayor caridad que podemos ofrecer, es un sacerdote que sea un verdadero sacerdote. [...] La ausencia de un verdadero sacerdote en la propia vida es una miseria sin nombre, es la única miseria”. El padre **Gilles François**, postulador de la causa de beatificación de Delbrèl, advierte de que puede no haber sido escrito por la gran mística francesa, de cuya muerte se cumplen 60 años en este 2024. “No está en los archivos. Y aunque recuerdan su pensamiento y su estilo, incluyen ciertos juicios que ella no solía hacer”. El postulador piensa que “sin que tengamos pruebas materiales, este texto sería parte de una entrevista de Madeleine al canónigo **Boulard**”. Dice así: Necesitamos que el sacerdote viva una vida piadosa. Aunque viva entre nosotros, debe permanecer en otra parte. ¿Qué signos nos esperamos de esta presencia divina?

- ✓ **la oración:** hay sacerdotes que nunca vemos rezar (lo que se llama rezar);
- ✓ **la alegría:** ¡tantos sacerdotes tan ocupados y ansiosos!
- ✓ **la fuerza:** el sacerdote debe ser quien sostenga. Sensible, carismático, nunca cabizbajo;
- ✓ **la libertad:** lo queremos libre de cualquier fórmula, libre de cualquier prejuicio;
- ✓ **el desinterés:** a veces nos sentimos utilizados por ellos cuando, en cambio, deben ayudarnos a realizar nuestra misión;
- ✓ **la discreción:** debe ser quien calle;
- ✓ **la verdad:** debe ser quien siempre diga la verdad;
- ✓ **la pobreza:** es esencial. Alguien que no esté ligado al dinero; que una especie de “ley de gravedad” lo atraiga instintivamente hacia los pequeños, hacia los pobres;
- ✓ **el significado de la Iglesia:** ¡nunca habléis de la Iglesia a la ligera, como si viniera de fuera! Un hijo que se permite juzgar a su madre tiene que ser inmediatamente juzgado...

“El sacerdote que quisiera” es el tema que propusimos a un grupo de mujeres creyentes, diferentes en origen, profesión, cultura y experiencia. En las respuestas encontramos que, el sacerdote no debería ser solo un líder espiritual, sino un compañero de viaje, inmerso en la realidad, capaz de comprender los desafíos de la vida moderna sin juzgar y debería ofrecer orientación y apoyo. Algunas han conocido pastores así y reconocen su importancia fundamental.

de momentos hermosos y de momentos difíciles y que nos enseñara a encontrar, en nosotros mismos y en nuestra fe, la capacidad de afrontarlos.

✓ Me gustaría que mi sacerdote ideal tuviera la formación teológica del Papa Benedicto XVI, su claridad y profundidad de pensamiento, su amor por la verdad, su capacidad para acercar la fe y la razón y hacernos comprender que no se contraponen.

✓ Me gustaría un sacerdote capaz, como él, de presidir, en el mundo turbulento y ruidoso de hoy, ceremonias de adoración eucarística ante miles de fieles en silencio.

✓ Me gustaría un sacerdote que no abandonara un escenario, a pesar de una tormenta repentina y del peligro de la lona encharcada por la lluvia, para quedarse con los jóvenes de todo el mundo en una vigilia de oración, como hizo Benedicto XVI en Madrid, en Cuatro Vientos.

✓ Me gustaría un sacerdote con el valor de ir contracorriente y de no aceptar compromisos con las modas del momento; un sacerdote capaz de transmitir certezas, en un mundo confuso y cada vez más líquido.

✓ Un sacerdote que perciba que la sociedad y el enemigo están dentro de la Iglesia y no fuera y que hay que combatirlos desde dentro. Me gustaría un sacerdote que tuviera la humildad que solo los grandes

tienen para pedir perdón por los errores y pecados cometidos por otros, como lo hizo en varias ocasiones Benedicto XVI; un sacerdote cuya humildad y conciencia de sus limitaciones fueran tan grandes que incluso se retirara por el bien de su Iglesia.

✓ Me gustaría un sacerdote con la humanidad y la empatía del Papa Francisco, un sacerdote que sea un verdadero pastor

que “huela a oveja” porque está siempre entre su rebaño y no en lujosos palacios.

✓ Un sacerdote que se acerque a todos y no solo a los católicos perfectos, que sepa escuchar a todos, que toque y alivie las heridas del corazón y del alma, con los brazos y el corazón siempre abiertos, con voluntad de comprender y no de juzgar; un sacerdote dotado de gran ternura y compasión que intente acercarse a los hombres y mujeres de su tiempo, poniéndolos en el centro de su misión.

✓ Un sacerdote que prefiera las periferias a los centros de poder, que abandone lo superfluo para volver a la esencia, que comprenda que el mundo tiene una gran necesidad de misericordia y que le ayude a tomar conciencia de que Dios perdona todo y a todos y que somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón.

✓ Un sacerdote convencido de que la Iglesia debe ser un hospital de campaña con las puertas siempre abiertas donde se traten las heridas y no se hagan pronósticos desalentadores. Me gustaría un sacerdote que, como dice el Papa Francisco, no sea

No instrumentaliza la Palabra de Dios MIRELLA SORO

El verdadero sacerdote debe ser un hombre de oración verdadera, profunda y continua, todo de Dios. Y, por eso, verdadero Padre de todos. Será fecundo en la medida en que viva el propio celibato en la fidelidad. Ama el confesionario, vive como un pobre, no se toma a sí mismo demasiado en serio y vive en la sociedad de su tiempo. Sus homilias van a lo esencial. No instrumentaliza la Palabra de Dios. En lo que dice se transparenta la vida y no esa imagen de sabiduría de quien estudia mucho, pero no escucha humildemente a Dios. Por la gracia de Dios, he conocido a dos de ellos. Desde que eran jóvenes demostraron tener la sabiduría del anciano que son hoy en día. Son dos frailes franciscanos, uno de unos noventa años y el otro de más de cien. Al más “joven” lo conocí cuando yo aún me estaba formando. Fue el confesor de la comunidad y hoy es mi padre espiritual. Es una persona que te hace sentir acogida, nunca juzgada y amada. Alguien que escucha. Me ha hecho crecer incluso cuando no estaba de acuerdo conmigo. Es fundamental. Para mí lo es.



Que sea un hombre en camino EMANUELA GITTO

El sacerdote que quisiera y que se necesita es un hombre de la Palabra, que vive a la luz del Evangelio y que lo testimonia con su propia vida, antes que con sus palabras. Es un hombre que se acerca a las historias de las personas y que “pierde el tiempo” para conocerlas.

El sacerdote que quisiera y que se necesita no tiene miedo de escuchar realmente las preguntas de la gente sobre las cuestiones más espinosas y profundas que interrogan a las personas, las escucha y se pregunta, poniéndose en el lugar de quien las formula. El sacerdote que quisiera y que hace falta huye de la lógica del poder, no solo el vinculado a la institución que acompaña, sino también el vinculado a las personas; no abusa porque siente que no gobierna la vida de las personas que encuentra, sino que se coloca junto a ellas como un compañero de viaje. Es abierto y humilde.

El sacerdote que quisiera y que se necesita estudia, se mantiene al día, siente que sus conocimientos están en camino, se siente provocado por los acontecimientos que le rodean. Y, por eso, está siempre en diálogo con la ciudad y la zona o la realidad que le ha sido confiada. El sacerdote que quisiera y se necesita tiene confianza en los laicos y se siente corresponsable con ellos de la Iglesia. Necesitamos sacerdotes que sean ante todo hombres, en camino.

Un ministro para una Iglesia sinodal

MARCELA MAZZINI

Creo que la fraternidad es un signo distintivo del ministro ordenado en el magisterio del Papa **Francisco**, es lo que las comunidades eclesiales reclaman y es a ello a lo que hay que tender. La Iglesia precisa sacerdotes cercanos, empáticos, compasivos, que ejerzan su liderazgo entendiendo que el poder en la comunidad es un servicio, tal como nos enseñó **Jesús** (Mt 20, 26-28). Es muy importante que sean personas de oración, porque sólo de esa manera podrán transparentar la presencia de Jesús en su ministerio. Afortunadamente he conocido y conozco varios que, aún con sus límites, están orientados en esta dirección.

En la medida que se multipliquen y que llevemos adelante, entre todos y todas, la ansiada reforma de la Iglesia que nos propone el Papa Francisco, el clericalismo irá disminuyendo en nuestras comunidades. Una Iglesia sinodal necesita este tipo de ministros.

→ “un funcionario del Espíritu”, sino un buen samaritano que busca a los necesitados, un pastor y no un inspector del rebaño, un hombre dispuesto a ensuciarse las manos, “que no conoce los guantes”, que “no se pavonea” atraído por hacer carrera, por la vanidad o por la seducción del dinero.

✓ Me gustaría un sacerdote que amara y respetara a las mujeres, que no las considerara solo meras asistentes menores, criadas o cuidadoras, sino criaturas maravillosas con igual dignidad e iguales derechos.

✓ Me gustaría un sacerdote que comprendiera la grandeza y la fragilidad de las mujeres, las dificultades que encuentran, la violencia a la que son sometidas por el solo hecho de ser mujeres y las humillaciones que tienen que sufrir en muchos contextos, también dentro de la Iglesia.

✓ Me gustaría un sacerdote con un equilibrio afectivo y madurez que le permitieran mirar, abrazar o besar a una mujer con la naturalidad de un hombre y la limpieza, inocencia y claridad de un niño. Este fue

uno de los rasgos que me fascinaba de la relación entre Juan Pablo II y las mujeres.

✓ Me gustaría un sacerdote que nunca cometiera abuso físico, moral o de poder

No vivir separado y extraño a las personas que se sirve TRACY McEWAN

La XVI Asamblea del Sínodo de Obispos ha generado un sentimiento de esperanza respecto a la posibilidad de una Iglesia más inclusiva y a un mayor papel de las mujeres en el ministerio y en el liderazgo. Las mujeres están aprendiendo que la esperanza puede convertirse en una herramienta de opresión. Se les proporcionan suficientes migajas o pequeños cambios para dar la ilusión de progreso, pero se ignoran las quejas de las mujeres católicas. La inacción y el simbolismo preservan el *status quo*.

En 2021, la red global Catholic Women Speak encargó la Encuesta Internacional de Mujeres Católicas para comprender las opiniones y experiencias de las mujeres católicas y presentarlas al Sínodo. La encuesta ha recogido la compleja diversidad, las ideas y las preocupaciones de más de 17.000 mujeres en 104 países. La mayoría de las entrevistadas ven la necesidad de una reforma en la Iglesia y dos tercios de ellas están a favor de una reforma radical. Muchas han expresado la esperanza

de que el Sínodo produzca cambios concretos. Casi 8 de cada 10 entrevistadas se mostraron de acuerdo con que “las mujeres deberían ser incluidas plenamente en todos los niveles de liderazgo en la Iglesia”; dos tercios están de acuerdo en que “las mujeres deberían ser elegibles para la ordenación sacerdotal”. Sin embargo, en la segunda sesión del Sínodo no se discute el acceso de las mujeres al ministerio diaconal ni se menciona la ordenación al sacerdocio. El cambio potencial depende ahora

de un próximo documento sobre el papel de la mujer en la Iglesia. Las expectativas son bajas. Las mujeres aseguraron que, a pesar de ser responsables de gran parte del funcionamiento diario de la Iglesia, se las alienta a acercarse a los sacerdotes con temor reverencial pese a ser muchas veces rechazadas o tratadas con indiferencia. El sacerdocio ministerial no debe estar separado ni distinto del pueblo al que sirve, sino ser una representación distinta y extraña de la vida espiritual y comunitaria de la Iglesia.



Lo he encontrado, con una objeción

MARIACHIARA PICCININI

Los sacerdotes que me gustaría para la Iglesia son los que he conocido. Hombres que contemplan el Misterio como realidad. Hombres apasionados por la vida humana y espiritual, dispuestos a profundizar en el alma propia y ajena. Hombres deseosos de conocer a otros y capaces de tender vínculos afectivos. Hombres educados para tener empatía en las alegrías y tristezas de las personas que encuentran y que asumen los problemas de la historia que viven. ¡Porque uno se hace sacerdote caminando junto a los demás! Personas que supieron mirarme a los ojos, escucharme y que compartieron el pan de la Palabra y el pan de cada día, el deseo de Dios y el cuidado de los demás. Buscadores del silencio, personas para quienes la oración es el alma del día y la escucha orante de la Escritura es el alma de la vida... He conocido obispos capaces de entablar una verdadera amistad que sostiene en la Fe e impulsa en la Esperanza. He evitado a los burócratas, aquellos que se cierran en sus roles, críticos y violentos. En todos hay algo que genera escándalo e incompreensión: la pertenencia a la institución que siempre es excluyente para las mujeres.

Cuando empecé a trabajar en este artículo, me vinieron a la mente unas palabras del libro de **Jeremías** en las que Dios adquiere un compromiso con su pueblo: “Os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con saber e inteligencia” (3,15). Pienso que Jer 3,15 sintetiza lo que espero de mis hermanos sacerdotes: **a)** que sean pastores; **b)** que posean un corazón semejante al Señor; **c)** que lleven a cabo su tarea con sabiduría e inteligencia.

Que sean pastores. Este es su papel dentro de la Iglesia. No necesito que el sacerdote sea un buen amigo, ni tampoco un psicólogo, simplemente que sea sacerdote, Busco que sea siempre un buen pastor, es decir, un hombre de Dios que, sin dejar de sentirse instrumento, es más, sintiéndose siempre instrumento, sea capaz de llevar a cabo su misión: cuidar del rebaño, un rebaño que no es suyo, sino de Dios. Un rebaño constituido únicamente por ovejas, sin distinciones, como en la Escritura. En el texto sagrado los rebaños

a lo que Dios se refiere son siempre de ovejas, ovejas de distintos colores, tamaños, o edades como en el episodio de **Jacob**, pero siempre ovejas. Ante Dios no hay distinción, y tampoco tiene que haberla en el sacerdote: las ovejas pueden ser pequeñas, jóvenes, entradas en la madurez o en la ancianidad, hombres o mujeres, sanas, enfermas o demenciadas. Pero ‘todas’ necesitadas de cuidados, de esa ayuda para mostrar el camino que haga posible ese encuentro personal del alma con Dios. Por eso, es preciso que dedique tiempo a escuchar las confesiones, celebrar con piedad la Misa y administrar con reverencia los sacramentos.

Espero que el sacerdote en su tarea de dirigir almas sepa escuchar hasta el final, sin juzgar de antemano, sin prejuicios; sepa comprender, valorar y potenciar lo bueno que cada alma tiene; sepa elevar la mirada, abrir horizontes, transmitir esperanza; unas veces, tendrá que sanar heridas; otras, acompañar el paso en la sequedad del

desierto o dar luz cuando las tinieblas oculten el camino. Espero también que sepa dar un buen consejo en cuestiones de ética profesional o moral familiar, tomándose el tiempo que necesite para responder con sabiduría e inteligencia como dice la Escritura (tendrá que formarse, actualizarse constantemente y nuestra Madre, la Iglesia, proporcionarle los medios) y luego, espero que no imponga el consejo, que deje espacio al alma para que decida con Dios. El sacerdote debe hablar de tal manera que, en sus consejos, lo que es ‘suyo’ desaparezca y se convierta en el canal a través del cual el alma escuche a Dios. Por eso, el sacerdote, hoy más que nunca, necesita tener un corazón a la medida del corazón de Dios. Eso solo es posible si a diario se funde cada día con su Dios por medio de su oración, de su Eucaristía, de su confesión personal frecuente y de buscar estar con Cristo en todas sus tareas. Solo así será el pastor a la medida del corazón de Dios.

hacia nadie, ya sea menor, adulto vulnerable o simplemente adulto. Un sacerdote que, al hablar de los abusos de los hombres de Iglesia contra las mujeres, no dijera: “Al menos, no se trata de menores”, como si abusar de una mujer no fuera grave.

✓ Un sacerdote que entienda, con el corazón y no solo con la cabeza, que en la Iglesia no hay hijos de primera e hijos de segunda y que hace falta valor para castigar al hijo que se equivoca, en nombre de la verdad y de la justicia.

✓ Un sacerdote que piense que su prioridad debe ser siempre la víctima, que tiene el derecho de ser primero escuchada y creída y después ayudada a sanar.

✓ Me gustaría un sacerdote que entienda que en la Iglesia debemos actuar con transparencia porque los fieles ya no pueden

tolerar mentiras y encubrimientos y porque la verdadera misión de la Iglesia es ser portadora de luz, de verdad y de justicia.

✓ Entre los rasgos del sacerdote que me gustaría, también estarían las del “sacerdote amigo” o el “amigo sacerdote” que muchos tenemos la suerte de tener. No es el sacerdote “ideal”, sino un sacerdote de carne y hueso, con sus virtudes y sus defectos, con sus fortalezas, con sus debilidades y sus soledades, que nos escucha y a quien escuchamos y que se ha convertido en parte integral de nuestra familia.

Mi amigo sacerdote es una especie de Indiana Jones que viaja por el mundo para llevar ayuda a los más pobres: desde familias necesitadas a las que garantiza la adopción a distancia de sus hijos, pasando por los presos a los que regala un campo de

fútbol, una enfermería o un lugar donde las madres encarceladas puedan tener a sus hijos, hasta el cuidado de los pacientes de SIDA a los que ofrece tratamiento, sin olvidar los que necesitan pozos, puentes, luz o casas. Una especie de Indiana Jones que hace más llevadera la vida de estas personas desafortunadas.

En definitiva, no un superhéroe que realiza milagros y hazañas extraordinarias, sino un sacerdote que huele a oveja, que se ensucie las manos, que toque la carne de Cristo, que empaticice, que ayude, sin dejar jamás de rezar y de intentar hacer entender a los adictos, a prostitutas, a descartes humanos, a mujeres violadas y humilladas, que detrás de él y de sus pequeñas buenas obras, siempre está Dios, porque el buen sacerdote vive para y con Cristo.

Tendría que ser un párroco, siempre y bajo cualquier circunstancia

ROSY BINDI

Ante todo, pediría al sacerdote que fuera un enamorado de Jesús y que lo buscara incansablemente con la Iglesia en la Palabra, en la Eucaristía y en el encuentro con los pobres.

Me gustaría un sacerdote que con su comunidad parta y reparta el Pan y la Palabra y busque la corresponsabilidad de todos, valore cada carisma y acompañe a los laicos en todos los ámbitos de su vida eclesial, familiar, social y política. Pienso que cualquier sacerdote debe ser siempre y, en todo caso, también párroco, aunque estudie, enseñe, dirija un seminario, asista en una asociación o tenga una responsabilidad en la curia. Sería bueno si siempre pudiera estar comprometido en una comunidad donde pueda compartir su vida con los demás. Me gustaría que fuera visto como un director de orquesta que interpreta la partitura de la comunión eclesial, valorizando cada instrumento para crear armonía. En definitiva, quisiera un sacerdote libre de cualquier tentación de clericalismo. ¿He encontrado sacerdotes así en mi vida?

Sí, en mi juventud, cuando el Concilio nos pedía a todos un cambio profundo. Mi párroco y asistente de Acción Católica se parecía mucho al sacerdote que me gustaría tener cerca. A lo largo de los años he conocido a otros que han sido muy importantes en mi vida. Sin embargo, en los últimos años, salvo excepciones significativas, me he encontrado con sacerdotes jóvenes, a menudo cerrados en sí mismos, muy celosos de sus prerrogativas presbiterales, en otras palabras, un poco clericales y propensos a hacer coincidir la comunidad con su función. En algunos de ellos me parece detectar un poco de fragilidad humana, poco conocimiento del Concilio y miedo a construir una Iglesia abierta al mundo, extendiéndose hacia las periferias de la humanidad. Hoy es más difícil ser Iglesia, pero este es el tiempo de la historia que se nos ha dado para vivir y practicar la fe, la esperanza, la caridad.

“A veces los obispos nos prefieren lejos”

La presidenta de la UMOFC pide un “cambio de corazón”

VITTORIA PRISCIANDARO

Plantar 24 millones de árboles. Durante tres años, cada año, un roble, una magnolia, un cerezo o un castaño por cada una de las mujeres que forman parte de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas. “Somos ocho millones, en más de 50 países”, explica **Mónica Santamarina Noriega** quien, desde mayo de 2023, encabeza esta organización fundada en 1910 y que en 2006 fue reconocida por la Santa Sede como asociación pública internacional de fieles.

Participar en el Movimiento y plataforma Laudato si' y el proyecto “árboles” es parte del enfoque de ecología integral que comparten el centenar de instituciones católicas de mujeres adheridas a la UMOFC. Es una de las muchas campañas que la presidenta, una mujer con una maleta entre Ciudad de México, Roma y los cuatro continentes, lleva a cabo entre organizaciones muy diferentes compuestas, principalmente, por mujeres laicas, algunas consagradas y mujeres que trabajan en el ámbito eclesial, social y cultural. Cuentan con todo tipo de proyectos: desde la adoración nocturna, pasando por la construcción de pozos de agua en el desierto o la participación en organismos internacionales, hasta la formación de mujeres indígenas en América, África y Australia o cursos contra el maltrato y la violencia doméstica en África y América Latina. Trabajan en red con realidades civiles, ecuménicas y de otras religiones y “crean conciencia además de promover una red basada en la sororidad, el trabajo compartido y la colaboración”.

Mónica Santamarina tiene 65 años y es viuda. “Mi marido murió durante la pandemia. Teníamos dos hijos y dos hijas. Actualmente tengo ocho nietos, pero el noveno está por nacer. Somos una familia muy unida, es una bendición”, cuenta. En el pasado ejerció como consultora jurídica y docente, fue trabajadora del Instituto Nacional de las Mujeres de México y siempre perteneció a las mujeres de Acción Católi-

ca, de la que fue presidenta de 1996 a 2001. Fue vicepresidenta de la UMOFC, después tesorera y hoy es la presidenta. “Siempre he trabajado con mujeres. Sueño con que la UMOFC pueda representar a la mayoría de las mujeres católicas del mundo y trabajar por la evangelización y por el desarrollo integral de las mujeres, especialmente de las más vulnerables”, asegura mientras se prepara para dejar Roma con destino a Ciudad de México y abrazar a la novena nieta, **Luisa**, hija de **Sofía**.

De cara al Sínodo de octubre, la UMOFC organizó una escuela de sinodalidad, para profundizar la participación de las mujeres en la vida de la Iglesia. ¿Qué resultó de esta experiencia?

Se ha apreciado que la intención del camino sinodal de caminar hacia una mayor participación e inclusión en la Iglesia. Las mujeres confían en que este pueda ser el camino justo para que la Iglesia reconozca sus carismas. El punto más consensuado fue la necesidad de una mayor formación de las mujeres que les permita desempeñar roles significativos en la Iglesia y asumir liderazgos en diferentes niveles, en los lugares donde se toman las decisiones. Para ello, necesitamos una *metanoia*, un cambio de corazón de sacerdotes y obispos, pero también de laicos, hombres y mujeres.

Mayor humildad

¿Qué cambios serían necesarios?

Significa ante todo mayor humildad. Y no tener miedo. A veces los sacerdotes y obispos prefieren tenernos lejos, pero estamos ahí y queremos ser escuchadas para poder aportar nuestros dones, talentos y experiencias, así como para poder participar en el proceso de toma de decisiones. En definitiva, no se trata simplemente de decir: “Sí, sí, ven, te reservo un puesto en el consejo pastoral”. Necesitamos cambiar realmente, entender que las mujeres son preciosas. Queremos trabajar con ellos, no contra ellos, no queremos luchar por sus puestos. Es increíble que a veces las decisiones las tomen solo los hombres



cuando casi todas las personas que llenan las parroquias, que enseñan el catecismo y que conviven con los más vulnerables, son mujeres. Se ha hecho mucho, también gracias al Papa Francisco, pero aún queda mucho por hacer. Es necesario planificar e invertir dinero y tiempo.

¿Existe un clericalismo femenino que frena el cambio?

Sí, algunas mujeres son clericales. Les resulta difícil aceptar que el sacerdote, que acompaña las realidades asociativas, no sea quien decida. Luego está la cuestión de las madres que no pocas veces educan a sus hijos de forma diferente que a sus hijas. En mi país todavía hay lugares donde las familias, si solo pueden permitirse que un hijo estudie, eligen al varón, aunque la hija sea más brillante.

Muchas mujeres, al menos en Occidente, han abandonado la Iglesia porque la sienten distante. ¿Qué debería hacer la Iglesia para atraer también a las jóvenes?

En algunas regiones del mundo estamos perdiendo católicos todos los días, especialmente hombres y mujeres jóvenes. Creo que no hemos podido ser atractivos porque no somos flexibles, las mujeres tienen horarios diferentes, trabajan, tienen que cuidar a sus hijos. Y los jóvenes necesitan testimonios. El problema del abuso infantil le ha quitado mucho a la Iglesia. Muchos jóvenes necesitaban orientación, pero esta se perdió en el camino, con la crisis de las familias y de la Iglesia. Yo trabajo para que la UMOFC tenga gente muy joven y sepa comunicarse con el lenguaje adecuado. Necesitamos hablar de sus problemas, de lo que realmente les afecta. Y, finalmente,

creo que la Iglesia se ha olvidado de trabajar con los hombres.

¿Los hombres olvidados?

Sí, en algunas regiones del mundo hay hombres que no pueden aceptar el cambio. En los países latinoamericanos, pero también en otros lugares, la violencia ha aumentado desde que las mujeres trabajan. Los hombres están realmente enfadados. No han aceptado que las mujeres tengamos los mismos derechos y la misma dignidad. Tenemos que trabajar mucho con mujeres y hombres, juntos. Si no hacemos esto juntos, no tendremos éxito.

Mismas oportunidades

¿Cuáles son las otras acciones en las que debemos centrarnos para dar fuerza a las mujeres?

He conocido a muchas mujeres que querían estudiar teología en buenas universidades y no han podido conseguir una beca. Así, tuvieron que renunciar a sus estudios y esto les ha herido. Muchas no se han recuperado de esta decepción. Tenemos grandes mujeres, grandes religiosas, teólogas y deberían tener las mismas oportunidades que los hombres. Hay mucha necesidad de formación, pero la Iglesia no invierte recursos, dinero ni tiempo para formar a las mujeres. Cuando se trata de hombres, de sacerdotes, no hay problema. ¿Ejemplos? Para las mujeres no existe una escuela diplomática. Solo los hombres pueden formar parte del cuerpo diplomático de la Santa Sede. Y en cambio creo que las mujeres podrían hacerlo muy bien. Como abogada, siempre me llama mucho la atención el hecho de que en los tribunales eclesiásticos las mujeres pueden

participar, pero los laicos no pueden presidir un tribunal. En México las mujeres trabajan mucho y presiden tribunales de familia, tienen más experiencia de la vida matrimonial, de la crianza de los hijos, de los problemas. ¿Por qué no las forman y las dejan hacerlo? ¿Por qué solo pueden los sacerdotes? Una vez formados, las mujeres y los hombres laicos podrían hacerlo mejor. **¿Qué más puede reforzar a las mujeres en la Iglesia?**

Creo que la Iglesia debería formar mujeres para algunos ministerios. No ministerios ordenados, sino ministerios de justicia social o de servicio a las mujeres y los niños para protegerlos de la violencia doméstica, de la trata de personas y de cualquier tipo de abuso. Ministerios para ayudar a las mujeres que tienen que escapar de sus maridos o que tienen que esconderse porque son víctimas de trata. Tenemos experiencias muy, muy dolorosas con esto. He trabajado con mujeres y niñas que han sido víctimas durante muchos años. Pero necesitamos crear un ministerio especial y preparar a las mujeres para ello.

En cuanto al ministerio, ¿qué surgió de la encuesta sobre el diaconado?

Un tercio dijo estar a favor, dos tercios en contra. El punto es que hay una diferencia entre los servicios diaconales y el ministerio ordenado de diácono, pero la gente no lo sabe. Las mujeres ya realizan muchos servicios diaconales en lugares como Estados Unidos o Australia, en zonas donde solo hay un sacerdote para un gran territorio y los presbíteros, por ejemplo, solo pueden acudir a las comunidades una vez cada dos semanas.

¿Usted está a favor del sacerdocio femenino?

No. No soy teóloga. Confío en lo que, hasta el día de hoy, la Iglesia ha considerado oportuno hacer.

¿Qué espera del Sínodo?

Lo más importante del Sínodo y la sinodalidad no son los temas que se debaten, sino la manera en que se abordan para empezar a aprender un modo distinto de ser Iglesia. Espero que se promueva la sinodalidad, no solo a nivel internacional, sino en las diócesis y parroquias. Las propuestas concretas del *Instrumentum Laboris* para la segunda sesión del Sínodo nos dan esperanza, porque buscan enriquecer la vida eclesial con los carismas y capacidades de las mujeres en respuesta a las necesidades pastorales de nuestro tiempo. Por eso, la UMOFC impulsamos el método sinodal y formamos facilitadores, porque creemos firmemente en este nuevo camino del Pueblo de Dios.



Regreso al país de los trece

La comboniana Elisa Kidanè vuelve a Eritrea, su país de origen, 41 años después

ELISA KIDANÈ

Han pasado ya nueve meses desde que salí de Italia para regresar, después de 41 años, a mi lugar de nacimiento. Digo esto porque después de conocer mi destino, Eritrea, mucha gente me felicitaba porque “por fin regresas a tu casa”. Por un lado, entendía la buena fe de estas palabras, pero en mi corazón sentía que si algo había aprendido en estos 41 años pasados fuera de Eritrea era precisamente que había aprendido a sentirme “como en casa” en todas partes.

Nunca me he sentido una exiliada, sino una ciudadana del mundo. Regresar a Eritrea fue como llegar a otro mundo, aprender a conocerlo y, finalmente, sentirme como en casa... Inmediatamente comprendí que la tierra que dejé hace décadas había cambiado por completo. Es cierto, reconocí los lugares que me recordaban mi infancia, pero con la impresión de que todo se había hecho más pequeño. Aparte de esta evidente sensación, el impacto no ha sido tan sencillo. Todo me parecía nuevo, a veces extraño... el pensamiento romántico de finalmente regresar

a casa ha chocado con una realidad muy diferente. Hay sensaciones repentinas, como los perfumes, algunos sabores, que me hacen retroceder en el tiempo, pero son sensaciones que duran una fracción de segundo. Los pocos años vividos en América Latina y luego los muchos en Italia han dejado en mí una determinada manera de pensar y de ser y, por ello, me hace falta mucha paciencia para encajar en un mundo que, a pesar de ser mío por derecho de nacimiento, a veces me parece tan lejano. Mis hermanas combonianas me dicen que tengo que tener mucha paciencia. Sin embargo, creo que son ellas las que tienen más paciencia conmigo.

Compañera de viaje

El ministerio por el que he regresado a Eritrea es el de Responsable de la Provincia, compañera de viaje. La Provincia está formada por un bonito grupo de hermanas mayores, un pequeño grupo de jóvenes y algunas hermanas de mediana edad. Hay diez comunidades operativas. Estos primeros nueve meses han sido un tiempo de ejercitar la mirada y la escucha: ver, observar, intentar comprender y, sobre todo, callar. Y para mí, como no me faltan

palabras, este último ejercicio no ha sido fácil. Durante la visita a cada comunidad ha sido importante escuchar. Escuchar los sueños de los jóvenes, los consejos de las mayores, las propuestas concretas de las hermanas de mediana edad. A través de ellas pude sumergirme en la vida del país; a través de ellas toqué de primera mano la vida de las personas. Cuántas historias, cuántas anécdotas... cuánta vida vivida.

Hace 40 años dejé un país en el que los institutos religiosos eran considerados la joya de la corona de la sociedad de la época: guarderías, escuelas, hospitales, dispensarios, talleres de corte y confección y hasta universidades. El objetivo era preparar jóvenes capaces de tomar las riendas de un país, convirtiéndolos en ciudadanos responsables. Luego la historia cambió de rumbo y hoy todo esto ya no existe. Sin embargo, el valor indeleble impreso en las vidas permanece. No he encontrado desánimo ni pesimismo, más bien una Vida Consagrada consciente de estar llamada a fortalecer el ser más que el hacer. En los encuentros que tuve con la Conferencia de Superiores y Superiores Mayores percibí el deseo de inventar un nuevo estilo de presencia, gracias también



meses

al Camino Sinodal que nos anima a alejarnos de esquemas obsoletos y a avanzar hacia una presencia renovada en el estilo de vida, liderazgo, y en la comprensión misma de la Iglesia. Percibí, por parte de las religiosas, una nueva conciencia del papel de la mujer en la Iglesia. Un buen resultado del camino sinodal.

También nosotras, Hermanas Misioneras Combonianas, hoy, después de 110 años de presencia en Eritrea, estamos llamadas a “habitar el futuro, trazando caminos proféticos, sostenidas por San **Daniel Comboni**”, como reza el tema de la Asamblea Provincial que acaba de finalizar. Trazar caminos proféticos significa atreverse a dar nuevos pasos y estos, muchas veces, nos los muestran las personas con las que convivimos. De hecho, por los relatos de las hermanas entendí que la gente todavía cree en nosotras, las religiosas, y, sobre todo, no olvidan lo que han recibido en todos estos años. Hay adultos que asistieron a nuestras escuelas y, años después, todavía vienen a visitar a las hermanas. Y es hermoso ver cómo, también en las misiones más lejanas, la gente nos pide que nos quedemos, aunque no tengamos grandes obras. Las hermanas de una comunidad me dijeron que, cuando cerraron la guardería y el dispensario, el pueblo no quería de ninguna forma que se fueran

y prometieron que ayudarlas con la leña, el grano... y así fue. El estilo profético genera milagros.

Llamémoslo resiliencia

Encontré un país marcado por el cansancio de una situación global que ha tocado la vida de muchos pueblos. En los últimos meses he conocido a muchas personas, muchas mujeres y niños, en todas partes y en cada uno se percibe la tenacidad, la resistencia y el valor de un pueblo que no se deja derrotar y que intenta de mil maneras mantenerse en pie. El 20 de junio se celebró la conmemoración de “los mártires de Eritrea”, unos jóvenes que murieron en el marco de los treinta años de guerra de independencia. Fue una experiencia que me conmovió profundamente y que puso de relieve la dignidad de mi pueblo. Ese día el país literalmente se detuvo.

Las Combonianas quisimos estar allí y participamos en la conmemoración en Asmara, caminamos juntas con decenas de personas en un silencio impresionante. Encontramos a muchos jóvenes sentados en círculo en la calle, con velas, que cantaban y alababan la memoria de los mártires. Es difícil expresar el sentimiento que sentí esa tarde, pero fue como recibir una invitación para entrar en el corazón de esta tierra.

Una fe de piedra

La historia de este pueblo está marcada por penurias, guerras y vidas destruidas en el Mediterráneo. Casi podría parecer lógico encontrar corazones endurecidos por tanto sufrimiento. Pero ese no es el caso. Esta cultura imbuida de una fe milenaria moldea la vida de las personas y este sople de fe se percibe. No es una fe

fatalista o resignada, sino una fe de piedra hecha de oración y contemplación, sí de contemplación, es decir, de esa capacidad de orar recurriendo a Dios y así, en silencio, escuchar su Voz.

En la pequeña iglesia de nuestra comunidad en Asmara, desde hace 70 años se realiza la adoración diurna. Después de meses, todavía me conmuevo cuando veo a jóvenes, ancianos, mujeres e incluso niños a todas horas, que entran en la capilla, aunque sea poco tiempo, para hacer una reverencia o para una adoración silenciosa.

Me llama la atención ver a las madres, postradas en el suelo suplicando la Paz. Cada vez que las veo así en oración pienso en sus hijos e hijas que quizá están lejos o desaparecidos, en sus maridos en las trincheras, en la lucha diaria por sobrevivir un día más... Sin embargo, una vez en pie, son capaces de mostrarte un rostro sereno, una sonrisa y, a la pregunta, “¿cómo estás?”, la respuesta es siempre: “Damos gracias a Dios”. Es decir, gracias a Dios todo está bien. A pesar de todo.

Estilo sinodal ‘ante litteram’

De vez en cuando me preguntan si me arrepiento de algo. Más que arrepentimiento, a veces siento nostalgia por las muchas personas que he conocido en estos 40 años y con las que he vivido buena parte de mi vida. A veces quisiera que las cosas funcionaran de otra manera, pero luego me digo que, después de todo, no hay otro lugar como este. Este es un país donde el calendario tiene siete años menos que el gregoriano y cada año tiene trece meses, uno con solo siete días. Este es un pueblo que tiene una lengua sagrada (*Gheez*) que todavía se utiliza en las misas diarias. Y pienso en el valor que todavía se le da a la vida de comunión. Todo se convierte en un motivo para estar juntos, para compartir las alegrías y las penas. Nadie se queda solo, ni en la alegría ni en el dolor. Hay un deseo de participación colectiva que ayuda a superar cada situación que presenta la vida. Puedo comprobar de primera mano que estas personas siempre han hecho suyo el estilo sinodal, *ante litteram*.

Y por eso me siento afortunada de haber llegado aquí, en este momento. Me siento afortunada cuando puedo escuchar, todavía en 2024, en las noches claras por la luz de la luna, el sonido conmovedor de la flauta de algún pastor. Después de nueve meses siento que empiezo a conocer y a amar esta tierra y, sí, finalmente me siento como en casa. Aquí también, como en todas partes.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento